



GUÍA MÁGICA
DEL
CAMINO DE
SANTIAGO

FRANCISCO CONTRERAS GIL

UN VIAJE EN BUSCA DE LO MÁGICO
Y LO SAGRADO EN EL CAMINO
DE LAS ESTRELLAS

GUÍA MÁGICA
DEL
CAMINO ◉ DE
SANTIAGO ◉

FRANCISCO CONTRERAS GIL

UN VIAJE EN BUSCA DE LO MÁGICO
Y LO SAGRADO EN EL CAMINO
DE LAS ESTRELLAS



Ediciones
Luciérnaga

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: Francisco Contreras Gil, 2015

© de las fotografías de interior: Francisco Contreras Gil

© de las imágenes de cubierta: Shutterstock

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Nos hemos esforzado por confirmar y contactar con la fuente y/o el poseedor del *copyright* de cada foto y la editorial pide disculpas si se ha producido algún error no premeditado u omisión, en cuyo caso se corregirá en futuras ediciones de este libro.

Primera edición: octubre de 2015

Segunda impresión: enero de 2016

Tercera impresión: abril de 2016

Cuarta impresión: mayo de 2018

Quinta impresión: julio de 2019

Primera edición en esta presentación: marzo de 2021

© Edicions 62, S.A., 2021

Ediciones Luciérnaga

Av. Diagonal 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-18015-57-1

Depósito legal: B. 21.263-2020

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel **ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

<i>Prólogo, de Javier Sierra</i>	
Cuando el Camino te elige	11
<i>Introducción</i>	
Diario de un peregrino: al pie del camino.	15
Parte I	
CLAVES DEL CAMINO DE SANTIAGO DEL SIGLO XXI	
1. Caminamos	31
2. Protohistoria, origen y periodo medieval del Camino de Santiago	35
3. Lugares de poder y templos sagrados	49
4. Los templarios y el Camino de Santiago	55
5. Arquitectura y geometría sagrada	63
6. El misterio de los gremios de constructores medievales	69
7. Los símbolos y objetos mágicos del Camino de Santiago	77
8. El camino de las estrellas.	83
9. Al pie del Camino de Santiago.	87
Parte II	
GUÍA MÁGICA: CUADERNO DE CAMPO	
10. El camino navarro	97
11. El camino aragonés	151
12. El camino desde Puente la Reina (Gares)	233
13. El Camino de Santiago en La Rioja	275
14. El Camino de Santiago en Castilla y León	307

15. El Camino de Santiago en Galicia	441
16. El camino al fin del mundo	493
<i>Nota del autor</i>	507
<i>Agradecimientos</i>	509

1

CAMINAMOS

La búsqueda mágica y sagrada continúa

El ser humano, desde que tiene conciencia de su existencia, ha caminado. Estamos hechos para caminar. Y caminar ha sido una constante en nuestra evolución e historia. El ser humano ha caminado en busca de sus necesidades primarias, pero también ha caminado en busca de horizontes y tierras extrañas que le permitieran avanzar en otros sentidos. Ha caminado movido por la curiosidad, por el anhelo de descubrir y de aprender. Y así, paso a paso, también ha caminado en busca de lo desconocido, de lo ignoto, de parajes donde moraba lo divino, lo invisible y lo mágico. Lugares marcados por peculiaridades, por sucesos extraordinarios, por lo inexplicable-inexplicado.

Un camino, el mágico y sagrado, inherente al ser humano. Una búsqueda que es parte de nosotros, de nuestra naturaleza, alma y esencia ancestral. Que nació con los primeros cultos solares, cuando el ser humano se guiaba por el cielo, por las estrellas, por la luna y el sol, el mismo que daba vida y calor, que moría y renacía todos los días. Buscar ha sido y sigue siendo una constante en el ser humano. Una de sus metas vitales. Y cada paso dado en el camino del conocimiento de la «realidad» ha sido un salto, grande o pequeño, por las rutas del saber, que secretamente legaron otros buscadores que nos han precedido.

Por qué peregrinamos

Porque en el Camino de Santiago reencontramos la esencia de la búsqueda milenaria. Esa parte humana, mágica y espiritual que el moderno ser humano parece haber olvidado y desterrado. El impulso atávico, el deseo de caminar hacia otros lugares o en busca de «otras realidades», conocimientos y experiencias trascendentes. Y porque el Camino de Santiago nos da la oportunidad de vivir una experiencia iniciática y mágica. Iniciática, porque el viaje siempre superará lo esperado o imaginado. Y mágica, porque siempre será una experiencia en la que la realidad se mostrará ante nosotros en todas sus dimensiones, no solo en la lógica y racional, la que manda en nuestra cotidianidad, sino también en la sensorial, emocional y espiritual, esa que permanece dormida, anestesiada, que tenemos olvidada y hasta moribunda.



Cómo peregrinamos

Según la *Vita nuova* de Dante y las *Siete Partidas* de Alfonso X el Sabio, existían tres modos de peregrinar: por pura y simple voluntad, para cumplir un voto y por penitencia, a las que habría que sumar la de obtener indulgencia plenaria. Desde el siglo xx existe una más: la mágico-sagrada. El camino se mostrará como un proceso alquímico, con encuentros, con vivencias, que harán que el peregrino buscador, como si de un alquimista se tratase, avance en un viaje interior durante semanas tanto como avanzaría a lo largo de toda una vida de búsqueda cotidiana. Un viaje —una experiencia— en el que podrá llegar a tomar conciencia de su propia trascendencia, y en el que, a través de las enseñanzas adquiridas, de los desafíos superados, tras haber preparado su alma y su espíritu, se haga merecedor de conocimientos que ha de recibir cuando alcance el destino, el final del viaje mágico y sagrado. Una búsqueda marcada por vivencias, así como por encuentros con «señales» que fueron establecidas, que discurre por determinados puntos, en ejes telúricos donde se entrecruzan corrientes de energía capaces de actuar sobre el cuerpo y el espíritu. Por construcciones concebidas para transmitir mensajes que revelan lo mágico. E, incluso, leyendas que justifican la edificación, y que a través de su discurso mágico se encargan de coser un entramado de relaciones simbólicas que el buscador peregrino tendrá que comprender y establecer en su deseo de hallar su trascendencia. Siempre allí donde nació o vivió un eremita o un santo, donde se guardan reliquias, se veneran particulares cristos y vírgenes, o donde ocurrieron prodigioso milagrosos.

La búsqueda continúa

Un camino y una búsqueda que llevan al encuentro de las claves del conocimiento que otros dejaron para nosotros —para todos y cada uno de nosotros—, tras haber pisado, también ellos, en otros tiempos y otras circunstancias, los mismos caminos que

ahora va a recorrer el buscador peregrino. Una senda y una búsqueda en las que se encuentra una espiritualidad universal, común a todos los credos y doctrinas, a cualquier ruta de peregrinación. Que atesoran la universalidad de sentimientos que dieron origen a todas las creencias, en las que pervive el mundo espiritual común de la humanidad.

PROTOHISTORIA, ORIGEN Y PERIODO MEDIEVAL DEL CAMINO DE SANTIAGO

Qué, cómo, cuándo, dónde y por qué

La veracidad histórica del hallazgo de los restos del apóstol Santiago, así como su paso por España, están en duda, dada la falta de pruebas documentales y arqueológicas. No tenemos ninguna certeza de su autenticidad, y es muy posible que carezcan de toda base histórica. Y, sin embargo, han provocado todo un rosario de acontecimientos históricos de tal relevancia y envergadura que han desplazado la realidad del asunto. Lo único cierto es que solo existe la tradición, la leyenda y la convicción sobre la presencia del apóstol en Hispania. Y como se suele decir, donde no llega la historia, llega el mito.

Según la tradición, la aparición milagrosa se produjo en el año 813. Un anacoreta llamado Pelayo le contó a Teodomiro, obispo de Iria Flavia —actual Padrón—, que había visto unos resplandores misteriosos en los cielos, sobre el bosque de Libredón. Teodomiro no tardó en acudir hasta el lugar, hoy Santiago de Compostela. Y una vez allí, encontró una losa de mármol, unos huesos humanos —los restos de un antiguo cementerio romano, como han demostrado las últimas excavaciones arqueológicas— y proclamó a los cuatro vientos —por ciencia infusa, por «revelación»—, que allí se encontraban los restos del apóstol, que aquel era su sepulcro y tumba.



Teodomiro, obispo de Ira Flavia, avisado por el eremita Pelayo de la aparición de unas misteriosas luces en los cielos en el bosque Libredón, viajó hasta el lugar donde halló los restos del apóstol Santiago.



Desembarco del cuerpo de Santiago Apóstol. (Museo Lázaro Galdiano s. XVI).

La noticia pronto recorrió toda la pirámide de poder. El obispo no tardó en avisar de lo sucedido al rey Alfonso II el

Casto. El monarca asturiano, rey de un pequeño territorio en una Hispania dominada por el islam, vio en aquel hallazgo la oportunidad de ganar fuerza, poder y prestigio. Viajó hasta tierras gallegas, avaló el hallazgo, mandó construir un santuario en aquel lugar y lo puso en conocimiento del papa León III y del emperador Carlomagno. Se ponía así el sello oficial al descubrimiento. No en vano, el viaje del rey asturiano fue la primera peregrinación «oficial». Desde entonces, la tumba del apóstol Santiago se encuentra oficialmente ubicada en Compostela, a muy poca distancia de Finisterre, en aquella época el final del mundo conocido, el *Finis Terrae*, al que se llegaba siguiendo las estrellas de la Vía Láctea.

El hallazgo celestial afianzó la monarquía astur e impulsó la transmisión y vinculación cultural, política y religiosa entre los cristianos peninsulares. La supremacía islámica en casi toda la Península no había significado la desaparición del cristianismo, y sus comunidades, llamadas mozárabes, fueron las que emprendieron la reorganización estructural. El descubrimiento y la custodia de los restos del apóstol articularon un mismo pensamiento, una ideología fortalecida, frente a los infieles musulmanes. Y la jerarquía eclesiástica, consciente de que su hegemonía estaba en peligro, apoyó y promovió el prodigio y comenzó a recuperar los viejos caminos, los hitos sagrados, a configurar las sendas de peregrinación, situación que se vio reforzada con la apertura del camino por la reconquista territorial de los reyes cristianos, en busca de una frontera segura y bien protegida que frenara a los sarracenos, y con la entrada de las órdenes monásticas.

Alfonso II el Casto inauguró un santuario y el caudal peregrino al confín de su reino. Después, tras la consagración de un nuevo templo por Alfonso III el Magno y el traslado de la corte a León, en el año 910, dictado por el propio Alfonso III y ejecutado por García I, se articuló un triángulo viario entre la nueva capital hispana, la antigua metrópolis ovetense y la sede compostelana. Un camino vertebrado entre León, Astorga, Monte Irago, Cebreiro y Melide que ya aparece documentado en el año 858. La conquista de villas y pueblos, junto con la liberación de pasos, propició el asentamiento, la repoblación y el aumento de peregrinos llegados de todos los rincones. La senda se fue estruc-

turando no por un camino *ex novo*, sino superpuesto a las vetustas rutas establecidas desde tiempos prehistóricos por la Meseta norte y el valle del Ebro. Siguiendo las antiguas vías de comunicación, las calzadas romanas, la trajana y el llamado «itinerario antoniano» desde Pamplona. Las sendas por las que llegaron los primeros peregrinos transpirenaicos, tal como se recoge en el manuscrito de Albelda de Iregua, donde se explica que en el año 950 el obispo de Le Puy, Gotesalco, acudió a Santiago de Compostela acompañado por un grupo de peregrinos franceses.



Alfonso II el Casto, monarca asturiano, puso el sello oficial al milagroso hallazgo de los restos y tumba del apóstol Santiago. Su viaje fue la primera peregrinación oficial.

Almanzor, las campanas de Compostela, el punto de inflexión internacional

Tras el saqueo de Compostela por parte del califa Almanzor en el año 997 —que arasó la ciudad, llevándose incluso las campanas del santuario a Córdoba, trasladadas hasta allí a hombros de los cristianos presos y utilizadas como lámparas, posteriormente recuperadas por el rey Fernando III, e idénticamente tras-

ladas por presos musulmanes—, quien, sin embargo, dejó intacta la tumba apostólica por ser un lugar santo —según cuenta la leyenda se encontró en ella a un misterioso monje y su caballo bebió de la pila bautismal—, la fama del sepulcro apostólico se multiplicó y alcanzó proyección europea. Lo que en un principio era un suceso localizado en el norte peninsular se internacionalizó y se convirtió en la punta de lanza del orbe cristiano occidental. Santiago dejó de ser un apóstol evangelizador para convertirse en un guerrero de Cristo, en el hijo del trueno, que ayudaría a recuperar y cimentar el poder de los reinos de cristianos. La guerra entre invasores e invadidos en nombre de Dios. Se pasó de llevar la cruz en el cuello a llevarla en la cintura en forma de empuñadura de espada. El norte peninsular quedó expedito, y el camino empezó a beneficiarse de innumerables mejoras viarias y de servicio, al mismo tiempo que se repoblaban comarcas enteras.



Alfonso VI, en Castilla y León, y Sancho Ramírez, en Aragón y Navarra, fueron los monarcas que abrieron, y acondicionaron, sus reinos para el paso de los peregrinos. La vía cultural, artística, comercial, religiosa y espiritual de Europa.

Alfonso VI, en León y Castilla, y Sancho Ramírez, en Navarra y Aragón, fueron los responsables del acondicionamiento, así como de la protección de los peregrinos. Los monarcas abrieron sus reinos a las corrientes artísticas del resto de Europa, universalizando y ensanchando los caudales culturales del camino. Y favorecieron la constitución de una red de monasterios a la Orden de Cluny. Al final de sus reinados, el camino estaba —entre puentes y calzadas romanas— asegurado, trazado y fijado. Abastecido de hospitales, hospederías, albergues y asilos en diferentes villas, como Jaca, San Juan de la Peña, Pamplona, Puente la Reina, Estella, Logroño, Nájera, Burgos, Carrión de los Condes, Sahagún o León, ente otras. El camino contribuyó a la creación de muchos pueblos que nacieron gracias a él o para él, trazando el perfil urbano de acuerdo con la ruta. Urbes donde comenzaron a organizarse mercados semanales y ferias anuales, como las de Sahagún y Carrión de los Condes. En las que se empezaron a consagrar templos, como la colegiata de San Isidoro en León y el monasterio de Leyre en Navarra, a Santiago, a la ruta estelar. Y en las que, en la mayoría de los casos, convivían las tres culturas. No es casualidad que hubiese aljamas judías —con expertos en medicina, gestores de finanzas o cambistas de dinero—, en Jaca, Estella, Viana, Nájera, Frómista, Carrión de los Condes, Burgos, Sahagún, León, Astorga, Ponferrada, Portomarín e incluso en Compostela. Relaciones en las que estuvo implicada estrechamente la Orden del Temple, vinculada a familias judías de distintos países europeos. A pesar de que, oficialmente, la Iglesia ejercía su autoridad proclamando el pecado de establecer relaciones sociales, comerciales o de cualquier otro tipo con quienes eran proclamados «verdugos» del Salvador, proliferaron importantes juderías en las ciudades emblemáticas del camino.

«Iacosland», el esplendor del camino en Europa

A partir del siglo XI, y durante los siglos XII, XIII y XIV, las peregrinaciones a Compostela y Finisterre, se convirtieron en vértice del mundo medieval en toda Europa. La antigua Hispania pasó a ser

conocida con el nombre de Iacosland. Y de ello dejó constancia el embajador del emir almorávide Alí ben Yusuf, quien afirmó: «Es tan grande la multitud de los que van y vienen que apenas dejan libre la calzada hacia Occidente». El proceso de intercambio social y comercial convirtió la ruta jacobea en una autovía —en la calle Mayor de Europa—, por donde circularon conocimientos y formas artísticas que aceleraron el desarrollo cultural y económico. Así, por ejemplo, en las *Crónicas anónimas de Sahagún* se menciona que en la villa leonesa se habían asentado pueblos de procedencias muy diversas: ascones, bretones, alemanes, ingleses, borgoñones, normandos, tolosanos, provenzales y lombardos. Y la influencia de cada uno de los peregrinos venidos desde todos los rincones del mundo conocido fue sedimentando un movimiento urbano, cultural, comercial y social del que antes habían carecido los territorios peninsulares del norte español.

El salto cualitativo y cuantitativo se produjo bajo las prelaturas de los obispos Diego Peláez —quien comenzó las obras de la catedral románica—, el obispo Dalmacio —enviado por el abad Hugo de Cluny, una de las figuras más importantes, de familia relacionada con los merovingios y carolingios, quien construyó la tercera abadía de Cluny, la estructura más grande de Europa, motor de la reforma cluniacense—, y finalmente con el carismático obispo Gelmírez y el maestro Mateo. Ambos estuvieron al frente de una serie de acontecimientos que potenciaron de manera sorprendente el Camino de Santiago, cambiando las conciencias, el inconsciente colectivo, de los peregrinos. El maestro Mateo con la construcción de la nueva catedral, el pórtico de la Gloria y la talla del apóstol que hoy todos abrazamos. Hasta ese momento, los peregrinos adoraban una tumba en el suelo, y con su obra, los caminantes comenzaron a venerar y «tocar» una imagen, a pesar de la idolatría perseguida por la Iglesia. Y Diego Gelmírez con la potenciación de las buenas relaciones con la Orden de Cluny, los estrechos contactos con Roma y con el rey Alfonso VII, que contribuyeron a despejar todos los obstáculos posibles, hasta el punto de que convirtieron a Compostela en uno de los faros de la cristiandad medieval, que ya era sede apostólica gracias al papa Urbano II desde el año 1095.

En 1122 Calixto II proclamó el año santo compostelano, que se celebraría por primavera vez en 1126. Veinte años más tarde, en el año 1140 apareció el *Liber sancti Iacobi*, compilado por el canciller Aymeric Picaud, atribuido al papa Calixto, en el que se incluye el *Liber peregrinationis*, el *Codex Callixtinus*, la primera «guía» oficial del itinerario, que reyes leoneses y navarros y monjes cluniacenses se habían encargado de fijar en sus reinos. Tan solo treinta años más tarde, en el año 1179, su santidad Alejandro III estableció, mediante la bula *Regis aeterni*, la «indulgencia plenaria» para todo aquel peregrino que llegase a Compostela en año santo. Y, finalmente, tras la pérdida del orbe cristiano de los santos lugares en Jerusalén, un siglo más tarde, en el año 1300, el papa Bonifacio VIII estableció la gracia del jubileo, con indulgencias idénticas a las que recibían los cruzados. Compostela se transformó en uno de los «centros del mundo» y el Camino de Santiago en una matriz de progreso. En una auténtica universidad de conocimientos a la que acudían gentes venidas de toda Europa. La primera vía que unía Occidente y Oriente. Una misma senda desde Jerusalén, que pasaba por Roma y terminaba en Compostela-Finisterre. La red de redes de la Edad Media.



A partir del siglo XI, y durante los siglos XII, XIII y XIV, la antigua Hispania era conocida como Iacoland. El Camino de Santiago era, y sigue siendo, la Calle Mayor de Europa.

Del tiempo de esplendor medieval a las sombras renacentistas

A partir del siglo xv, las peregrinaciones jacobeanas empezaron a perder paulatinamente la fuerza de sus inicios. La desaparición de los gremios de constructores, los nuevos cambios sociales y los continuos conflictos castellanos y europeos fueron las primeras causas. Disputas políticas que ya habían provocado que el rey de Castilla, Juan II, padre de Isabel la Católica, creara y otorgara un salvoconducto general a los peregrinos de otras nacionalidades, reconociendo con ello que la peregrinación quedaba por encima de cualquier conflicto. Una norma que se recrudecería posteriormente, cuando Felipe II en España, en el siglo xvi, y Luis XIV en Francia, en el siglo xvii, exigieron a sus súbditos una licencia especial para peregrinar fuera de sus respectivos reinos y, a los extranjeros, documentos sellados en sus diócesis que debían poner a disposición de la autoridad. Instituyeron así las bases de la moderna credencial peregrina. La hermandad del bordón y la esclavina se transformó en una ruta anárquica, aventurera y peligrosa, frecuentada por truhanes, vagabundos y ladrones, buscadores espirituales y literatos viajeros. El camino despertaba inquietud, y varias ciudades europeas llegaron a negociar el alojamiento de los peregrinos intramuros y hasta, incluso, los días de estancia en Compostela. La situación se agravó aún más con el estallido de la peste. La muerte de millones de personas hizo que se tomaran medidas preventivas y se impidiera el paso de los *concheiros* por determinados tramos y poblaciones. Todo un cúmulo de circunstancias fueron obstaculizando cada vez más la peregrinación, y el cisma protestante y el temor a un ataque religioso no hicieron, sino asfixiarla aún más. El miedo a que el corsario Frank Drake, bajo las órdenes de Isabel II de Inglaterra, destruyera Compostela —a la que llamaba «emporio de la superstición»— provocó que el obispo san Clemente, sabedor de la profanación de la tumba de santo Tomás de Canterbury por los sajones, ocultara los restos del apóstol. Y así permanecieron, olvidados una vez más, durante trescientos años.

Camino de Santiago, de las sombras del siglo xiv a la luz del siglo xxi

En el siglo xix —a pesar de la difusión del racionalismo y la desamortización, que hizo perder numerosos templos, albergues y hospederías de peregrinos—, volvió a ocurrir lo imposible, el milagro. Tras tres siglos de silencio, los restos del apóstol Santiago reaparecían. El obispo Miguel Payá, quien inspeccionó palmo a palmo la catedral, fue quien redescubrió una cámara sepulcral en el edificio catedralicio, en cuyo interior aparecieron tres sepulcros. En 1884, el papa León XIII anunciaba al mundo el hallazgo. Bajo el altar mayor se habían localizado, una vez más, los restos de Santiago el Mayor y los de sus discípulos Atanasio y Teodoro, según corroboraron y confirmaron —no se sabe cómo—, los estudios efectuados por la Congregación de Ritos. Y con la bula *Deus omnipotens* las peregrinaciones al santo lugar volvieron a cobrar fuerza.

Ya en el siglo xx, las dos guerras mundiales y la Guerra Civil en España hicieron que la peregrinación viviese tiempos difíciles. Tras la contienda española, la dictadura de Franco, con su nacionalcatolicismo, impulsó la peregrinación bajo el espíritu de un Santiago convertido en símbolo de la nueva España imperial. No fue hasta el fin del franquismo, en los años setenta, cuando comenzó la revitalización definitiva de la senda mágico-sagrada. Un factor clave en este renacimiento fue el interés despertado por la literatura heterodoxa, ensayos históricos, artísticos y antropológicos dedicados a descubrir los orígenes, el lado mágico, los misterios del Camino de Santiago. Otro elemento clave que contribuyó a la revitalización del camino fue el esfuerzo de personas como el sacerdote Elías Valiña, quien decidió emprender la ardua tarea de señalar el camino desde la localidad de O Cebreiro hasta Compostela, y de Andrés Muñoz, uno de sus colaboradores, presidente y fundador de la Asociación de Amigos del Camino de Santiago en Navarra. Por último, cabe mencionar también la creación de las primeras asociaciones de peregrinos, que poco a poco irían reorganizando la ruta, como la Asociación

de Amigos del Camino en París y la Asociación de Amigos del Camino de Estella, que fueron pioneras de todas las demás agrupaciones y asociaciones de peregrinos.

Durante la década de los años ochenta del siglo xx, el Camino de Santiago fue renaciendo y recuperando su antiguo esplendor. En 1982, el papa Juan Pablo II se convertía en el primer pontífice que se arrodillaba ante el apóstol, después de ciento quince años santos. En 1986, la Unesco declaraba Patrimonio de la Humanidad la ciudad de Santiago de Compostela y, un año más tarde, proclamaba el Camino de Santiago, «Primer Itinerario Cultural Europeo», la «calle Mayor de Europa». Todo ello hizo que en 1993 se registraran para recorrerlo más de seis millones de personas. Un camino que, desde que comenzara el siglo xxi —solo alterado por el confinamiento, consecuencia de la pandemia de la COVID-19, de marzo a junio de 2020—, vive etapas de revitalización y luz.

«Conspiración jacobea»: orígenes y crónica no oficial

La realidad histórica del hallazgo de los restos y la presencia del apóstol en España, como comentábamos anteriormente, ha quedado relegada al olvido. La incógnita y el misterio, la conspiración, surgen tras todo lo que rodea a Santiago y los inicios del Camino de Santiago. Sus orígenes son una crónica de luces y sombras, episodios de conjuras, luchas de fe y poder. Podríamos llamarla «conspiración jacobea», y se fraguó en el momento histórico en el que el poder musulmán estaba consolidado en Hispania. Al-Ándalus, dependiente del califato de Damasco, vivía su esplendor. Córdoba, la ciudad de la cultura, competía con Constantinopla y rivalizaba con La Meca como lugar de peregrinación gracias a los restos que custodiaba del profeta. La resistencia cristiana, neovisigoda y comandada por el rey don Pelayo, se había gestado en las montañas cántabras. Y desde allí, aprovechando la ausencia de guarniciones musulmanas, había empezado su expansión. En aquella época no solamente estaba en juego el territorio, sino también la primacía de una religión, de una fe

sobre otra. La Iglesia había perdido parte de su poder ante el mundo musulmán. Es entonces cuando, desde el olvidado y escondido monasterio de Santo Toribio de Liébana, en los Picos de Europa, se produce la reacción a la religión infiel y se pone la primera piedra de la «conspiración jacobea», y del Camino de Santiago, con la reivindicación del apóstol Santiago y su vinculación con España.

El responsable fue el misterioso, popular e ilustre Beato de Liébana, autor de los *Comentarios al Apocalipsis de san Juan*, que cobrarían fama en toda Europa y que serían copiados y conocidos como *Beatos* en todos los monasterios y abadías de Occidente durante cuatro siglos. El lebaniego, llamado así despectivamente por Elipando, obispo de Toledo, pondría los pilares de lo que sería la Hispania moderna y las bases del culto al apóstol y al Camino de Santiago. Las diferencias entre el Beato de Liébana y el obispo Elipando —a causa del adopcionismo, la concepción de Jesús como hijo adoptivo de Dios y la conciliación entre las religiones—, hicieron que el Beato lebaniego proclamara al apóstol Santiago patrono de los cristianos hispánicos mediante el himno litúrgico *O Dei Verbum*. Y más aún, que configurara una imaginativa biografía evangelizadora de Santiago, el hijo de Zebedeo, el discípulo preferido de Jesús, el primero de los apóstoles en sufrir martirio, en Hispania. Las condenas de los concilios a estas nuevas corrientes toledanas, y el apoyo de los mismos al Beato lebaniego, facilitaron el camino a los eclesiásticos galai-cos para romper su dependencia espiritual de la sede primada metropolitana de Toledo. Nació una nueva Iglesia. Una corriente eclesiástica, la del lebaniego, que incluso llegaría a influir en el obispo Alcuino, de quien fue maestro, asesor personal del emperador Carlomagno, logrando cambiar el curso del Imperio carolingio.

La «conspiración jacobea» emprendió una segunda etapa tan solo cuarenta años después, cuando, olvidados, aparecieron los restos del apóstol Santiago. El obispo Teodomiro y el monarca Alfonso II el Casto, guiados por el Beato de Liébana, cuyos escritos avalaban la presencia evangelizadora del apóstol y el sobrenatural traslado de sus restos a España, confirmaron

el prodigio y la veracidad del hallazgo de la tumba apostólica. El orbe cristiano había encontrado una reliquia tan digna de veneración como la que fortalecía la fe de los infieles en Córdoba. Santiago, el hijo del trueno, se convirtió en el estandarte y patrón de los reinos hispanos. Y con ello comenzó la reconquista del poder religioso orquestada y trazada por los monjes de Cluny con un objetivo: cerrar filas en torno a Roma, lograr que los gobernantes europeos se sumaran a la causa, que eligieran a un emperador único que legalizase la autoridad de la Iglesia de San Pedro, y así convertirse en el máximo poder en todo el Occidente cristiano, tras la pérdida de los santos lugares y de las iglesias orientales. Las peregrinaciones a Compostela, el Camino de Santiago, fueron fundamentales para la transformación religiosa de Cluny. Sus monjes pactaron con los reyes hispanos el establecimiento de una vía que traería a peregrinos de toda Europa, regulando, disciplinando y vigilando el viaje bajo la ortodoxia de la autoridad romana, controlando monasterios señeros. Se abrieron las puertas a la reforma religiosa, que afectó a la Iglesia visigoda, con la abolición de la liturgia mozárabe por la que se regía el culto hasta entonces, y a las relaciones con al-Ándalus, dando pie a un concepto mesiánico y cruzado de la Reconquista.

Una «conspiración jacobea» que llegaría a su momento de esplendor y daría el golpe definitivo con la publicación de la primera guía oficial del Camino de Santiago, que se guarda en la catedral compostelana, el *Liber sancti Iacobi*. Editado en 1140, el voluminoso códice fue confeccionado, según se afirma en la carta que lo encabeza, por el pontífice Calixto II, y donado a la iglesia de Santiago por Aymeric Picaud, presbítero de Parthenay le Vieux. Está dividido en cinco libros. Los dos primeros son una compilación litúrgica y hagiográfica para los oficios. El tercero reúne la narración del traslado de los restos del apóstol, la *Translatio*, y una carta del papa León, la *Epistola Leonis*, con dos capítulos. El cuarto libro contiene la *Historia de Karoli Magni*, conocida como *Historia Turpini*. Y el último libro, el célebre *Liber peregrinationis*, describe el itinerario que conforma el Camino de Santiago desde Roncesvalles (Navarra) y Jaca (Aragón) hasta

Compostela. Una obra que, hoy sabemos, mezcla documentos preexistentes y que, lejos de ser escrito por Aymeric Picaud, fue confeccionada por un monje o un grupo de monjes del *scriptorium* compostelano. Por religiosos vinculados a la Orden de Cluny que marcaron, sobre una tradición inventada, un recorrido por lugares donde se veneraban reliquias y cuerpos santos, hasta Compostela, desterrando con ello de la memoria cualquier relación o conexión con antiguos cultos paganos o primitivas peregrinaciones solares, uniendo a todos en un cristianismo universal en el que ellos eran amos y señores. Y el mejor ejemplo lo hallamos en la *Historia Turpini*, escritas supuestamente por Tilpino, arzobispo de Reims y consejero de Carlomagno, que se añadieron al *Codex Calixtinus* para convertir el Camino de Santiago en una vía ortodoxa capaz de dar cabida a toda la cristiandad. Esa es la razón por la que se ubicaron los mitos carolingios a lo largo del camino. Desde la supuesta peregrinación de Carlomagno a Compostela, pasando por su rezo en Roncesvalles tras la muerte de Roldán, el suceso desde las lanzas convertidas en sauces junto a Sahagún —centro neurálgico de la Orden de Cluny en España—, a los combates entre los paladines Roldán y Ferragut en Nájera. Leyendas que se extendieron por la ruta jacobea y que serían reproducidas en numerosos capiteles de templos y monasterios. Sea como fuere, la «conspiración jacobea» consiguió su fin: la recuperación del poder de Roma, la supremacía de su Iglesia, la destrucción de cualquier otra religión o culto pagano, y encaminar a los peregrinos por un itinerario único a la tumba del apóstol bajo un espíritu penitencial.